

en el panorama mundial. La segunda examina la posibilidad de articular una identidad latinoamericana distante tanto del globalismo disolvente como de las regresiones nacionalistas. Pero sería un error situar un muro infranqueable entre ambas secciones. Las inquietudes y el vigor intelectual de Biagini desbordan cualquier cesura tajante entre los ensayos que componen la obra: como en un calidoscopio, los grandes problemas que la globalización suscita vuelven una y otra vez a lo largo de las páginas, aunque bajo figuras siempre originales.

Ningún recurso es desdeñado para reflejar las múltiples facetas del fenómeno que se analiza: los testimonios extraídos del anecdotario popular se alternan con las evocaciones eruditas y con la evaluación crítica de las principales categorías y tendencias sociológicas generadas en torno al capitalismo global. Desde la posmodernidad y el multiculturalismo, hasta el neoliberalismo y las llamadas «terceras vías», pasando por el retorno de la «sociedad civil» y la irrupción de nuevos movimientos sociales vinculados al feminismo, el ecologismo, el pacifismo o la lucha por los derechos humanos.

Partidario de una Ilustración renovada, capaz de conciliar los ideales emancipatorios y cosmopolitas del racionalismo con el reconocimiento de la diversidad y el pluralismo cultural, el punto de vista de Biagini no es el del analista aséptico. Antes

bien, pertenece a la mejor tradición del intelectual comprometido, una especie que el «pensamiento único» dominante en las últimas décadas pretendió menospreciar y arrumbar al rincón de los trastos inservibles. Sus referentes sociales y teóricos son reveladores de ese talante: las comunidades eclesíásticas de base, las Madres de Plaza de Mayo, los Sin Tierra brasileños, Gandhi o Martín Luther King. El resultado final de sus ensayos, una presentación en ocasiones caótica, pero siempre lúcida, estimulante y sin concesiones, de un proceso que acaso sea irreversible, como se vocea desde los centros del poder mundial, pero que en su actual forma, y en lo que concierne a la supervivencia de la especie humana, es además insostenible.

**Gerardo Pisarello**

**La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo,** *Leonor Arias Saravia, Corregidor, Buenos Aires, 2000, 668 pp.*

Desde la independencia nacional hasta nuestros días, el país ha sido vastamente pensado por sus intelectuales. Muchas veces esa reflexión se tiñó de intuición, y la lógica compitió con la póiesis en notables

registros. Las originales metáforas que surgieron para imaginar la nación son el tema de este importante volumen. En él, la profesora salteña Leonor Arias Saravia aborda los modos de interpretarla a través de los tiempos, desde los «antecedentes premonitorios» (el Riti-Suyu y *La Argentina*, de Martín del Barco Centenera) al presente, pasando por Lugones, Martínez Estrada, Bernardo Canal-Feijoo, Eduardo Mallea y H. A. Murena, entre otros.

El uso de los términos del título es justificado por la autora. El de «metáfora», porque «el decidido protagonismo que fue cobrando en los últimos tiempos /.../ ha complejizado su concepto y los ángulos de enfoque que pueden aplicársele hasta límites insospechables». El de «ensayo», «porque resulta una presa-objeto epistemológico de particular seducción; más si se tiene en cuenta la saturación de propuestas teóricas propaladas en relación con otros géneros —particularmente la narrativa—».

Tomando el ensayo como un tipo más de discurso social, y a la metáfora como la estrategia dominante en los trabajos estudiados, el libro analiza dos «hitos» rectores en «el proceso de autonegación», *Facundo* y *Radiografía de la pampa*. La otra cara, la faz reivindicativa patriótica, «el proceso de legitimación», es vista a través de Manuel Gálvez (*El diario de Gabriel Quiroga*) y de *El payador*, de Lugones. Se analiza luego la metáfora del silencio (en

Mallea, Canal-Feijoo y Murena), las de la inmadurez (en Marco Denevi y Carlos Alberto Erro), las «consignas de la autenticación», «revertidoras del presente», que se insinúan paralelamente desde el '30 en adelante. «Como argentina del Interior del país —considera la autora— tenía que hacer mi aporte en esta historia de autoconcientización ciudadana». El mismo es útil e interesante.

**Mario Goloboff**

**Final de novela en Patagonia**, Mempo Giardinelli, Ediciones B. Biblioteca Grandes Viajeros, Barcelona, 2000, 239 pp.

*Final de novela en Patagonia* narra en 27 historias la apasionada aventura viajera y literaria del escritor argentino Mempo Giardinelli. El lector vive la emoción del descubrimiento de la Patagonia argentina y el proceso creativo del final de una novela. Clelia y Victorio constituyen la pareja literaria que, a su modo, también viaja y nos invitan a explorar la geografía íntima del amor en medio de un paisaje inmenso y desolado. En compañía de sus amigos, el profesor y el «coloradito Pérez», un Ford Fiesta rojo, Mempo Giardinelli decide, sin ruta prefija-

da, explorar esa «frontera» austral del mundo y, en busca de su misterio, emprende un osado viaje lleno de expectativas y deseos.

En su itinerario se entremezclan los caminos, los deseos y los sueños que conforman las historias: las que se narran, se imaginan y recuerdan. La experiencia patagónica es inolvidable pues atesora desde leyendas como las del «gauchito milagroso» hasta la reflexión sobre la propia escritura. El narrador avanza desde el paisaje desértico hasta el poblado, desde los hielos hasta los Andes, de la velocidad a la lentitud, del silencio a la comunicación, del olvido hacia el presente, desde la ignorancia a la sabiduría. Viajar se constituye, de alguna forma, en una experiencia de nacimiento y de muerte, de espacios naturales y humanos.

La obra de Giardinelli reúne diversos itinerarios y encuentros. El mundo va narrándose y las historias vienen sin buscarlas. En cada lugar va también la vida de Clelia y Victorio, quienes no pueden dejar de sentir la inmensidad de las rutas patagónicas elegidas por su autor. Hay una necesidad de involucrar lo real y lo ficticio; realmente no existen las fronteras entre el viaje vivido y el viaje imaginario; el autor hace que converjan en el texto su experiencia física de explorador con su experiencia ficcional. Sin embargo, sus personajes ya tenían unos antecedentes, una vida propia que, al igual que la Patagonia, poco a

poco se irá imponiendo, así el final del viaje también constituye un final para ellos.

El libro nos lleva a detenemos en la paradójica realidad de América Latina en la que la riqueza del suelo contrasta con la indigencia de sus habitantes y los múltiples caminos hacia la inmensidad parecen propiciar el aislamiento del mundo. Cada página nos revela una infinidad de habitantes, escenarios e inquietudes, a veces se percibe que el camino y la vida no acabarán nunca. Mempo encuentra que la gente de la Patagonia necesita ser escuchada, necesita expresar su mundo, sensación que nos transmite desde el primero hasta el último personaje del relato desde el refugiado nazi hasta la joven profesora que enseña en una aldea perdida, desde el ciclista que desea recorrer el mundo hasta el gaucho inmerso en el cambiante paisaje.

En la búsqueda de la Patagonia también se encuentra la nada; la nada a veces se convierte en la única referencia geográfica, la nada encarnada en un montón de piedras o en un lejano sitio turístico. El todo y la nada toman importancia; el todo que es la vida y la nada que puede convertirse en infinito cuando se contempla la inmensidad del desierto o las huellas de unas manos prehistóricas en una cueva perdida en la montaña. Todo parece como «una arruga gigantesca sobre la piel del mundo», todo oculta mil historias, lo cierto es que, de alguna

forma, la obra, una crónica contemporánea de viaje y de sueño, nos señala la necesidad de buscarnos. En medio de esta experiencia la única certeza es la literatura, ese ladrillo inmutable, como dice su autor, gracias a ella el viaje ha dejado su huella y ahora el libro es un testimonio invaluable para todos aquellos que desean vivir en carne propia lo que es la Patagonia.

**El viajero de las cuatro estaciones,** Miguel Littin, *Seix Barral, Barcelona, 2000, 285 pp.*

Nadie puede controlar el destino; así lo siente Cristos Kukumenides, el personaje del escritor chileno Miguel Littin quien preso de la predestinación de la vida, eligió apostar por el cambio, huir de la guerra, pero qué lejos se encontraba de saber que el desamparo estaba escrito en su camino. De Grecia a Chile, de un monasterio ortodoxo a la población andina de Palmilla; más allá de los lugares, importa el deseo de felicidad en medio de la soledad. Pero la soledad de Cristos es a veces incrementada; el ser un inmigrante le da cierta conciencia de ser un extraño, cierto ensimismamiento y a veces una postura sin consuelo, como aquella que experimentaría en la inevitable y larga agonía al final de sus días.

Las cuatro estaciones del libro de Littin, se convierten en cuatro formas de viaje que marcan la exploración externa e interna del personaje y la transformación de la vida desde su esplendor hasta su ocaso. La novela cuenta los comienzos de una familia y de todo un pueblo. La historia del griego Kukumenides en tierra extranjera nos remite a la historia del propio autor; Littin desea dejar memoria de su origen griego en su natal Padilla, tema en el que ya se han detenido autores de gran renombre como el cubano Alejo Carpentier en *Consagración de la primavera* y el colombiano Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. El texto, por tanto, no representa mayor novedad literaria, sin embargo, el padecimiento de su personaje, Cristos Kukumenides, tiene el mérito de expresar una realidad aún vigente: la migración y el desarraigo.

A lo largo de toda la obra se percibe una irreconciliada nostalgia con el origen, lo que quizás sea la causa de la imposibilidad afectiva de Kukumenides y la justificación de su necesidad de capturar el sentimiento a través de una escritura anónima e indescifrable. El lector constatará ese continuo desgarramiento confesado a través de incontables, fragmentarias e inconclusas cartas. El acercamiento a ese universo melancólico se revela a través de un cuarto perdido en el tiempo, de la imagen del maestro Janos o